
Capítulo XXXIV.

Sucesos y negociaciones.

La pasión dominó por completo á Esperanza, y á partir de aquel momento, los dos amantes arrojaron todos los obstáculos que tenían para verse.

Don Alfonso volvió.

Su presencia era un tormento para Américo.

Había ultrajado á aquel hombre á quien tanto debía, que tan bueno había sido y era para él.

—Soy un miserable,—se dijo,—indigno de su amistad, y para castigarme debo partir del lado de Esperanza.

Por aquel tiempo había regresado Colón de su primer viaje, y no se hablaba en todas partes más que de los países descubiertos y de la fortuna que esperaba á los que se arriesgasen á pasar el charco.

Américo Vespucio concibió la idea de acompañar al gran marino en su segunda expedición,

Una noche, después de tenerlo todo preparado, escribió dos cartas.

Una para Esperanza: otra para don Alfonso.

«Me avergüenzo de mí mismo,—decía á la primera,—y no encuentro otro castigo más grande que imponerme que el de separarme de tí para siempre.

Perdóname y piensa que te amaré hasta la muerte

Tu

AMÉRICO.»

A don Alfonso le decía en la epístola que había resuelto viajar para hacer fortuna, y que como estaba seguro de que no le dejaría partir, había tomado aquella resolución, sintiéndolo en extremo, porque le estaba muy agradecido.

Partió para la corte, que se hallaba en Barcelona, y una vez allí, pidió una audiencia al rey.

En ella le confió los vivos deseos que tenía de acompañar al almirante en su segundo viaje, y el rey le otorgó la merced que deseaba.

Habló á Colón, y este, al ver su despejo, celebró mucho que quisiera acompañarle.

Dióle cita para Sevilla, y Américo volvió á emprender el viaje, viviendo oculto en la ciudad hasta el momento mismo de su partida.

Las embarcaciones aguardaban en el puerto el momento de darse á la vela.

En ellas se albergaban las personas que debían

acompañar al ilustre marino, ávidos de entregarse á los azares de la suerte.

Pero las dilaciones que el obispo Fonseca y el contador Soria ocasionaban por sus diferencias con Colon, retardaban la marcha.

Por entonces se recibió la noticia de que una carabela portuguesa habia salido de la isla de Madera, tomando el rumbo de Occidente.

Desde luego se pensó que aquella embarcacion se dirigia á los paises recientemente descubiertos.

La noticia se supo en Sevilla, y Colon la comunicó inmediatamente á los reyes, dando orden al mismo tiempo para que algunos bajeles siguieran á la carabela.

Inmediatamente se enviaron despachos al embajador de España en Lisboa para que hablase al rey, y don Juan se apresuró á manifestar que aquel buque habia salido sin su permiso, pero que enviaria inmediatamente tres carabelas para que le alcanzasen y le detuviesen.

Don Fernando comprendió que aquello era una estratagemá para que los tres buques se unieran al primero y siguiesen juntos el derrotero de las Indias.

En esta creencia, mandó á Colon que emprendiese el viaje inmediatamente virando al mar desde el cabo de San Vicente, para que no tocase en las islas ni costas portuguesas.

Se le encargó tambien que si encontraba algun

buque en los mares que habia explorado, se apoderase de él é impusiese un ejemplar castigo á la tripulacion.

Fonseca recibió tambien el encargo de enviar tropas en persecucion de los portugueses, si por acaso aspiraban á llevar á cabo el propósito que en ellos suponía el rey don Fernando.

Despues de asistir á una solenne funcion en la catedral, se dispusieron á partir Colon y los suyos, y fueron á despedirlos con gran pompa el cabildo, presidido por el obispo Fonseca y los personajes más ilustres que se hallaban en la ciudad.

El 25 de Setiembre, al rayar el dia, tres carracas de á cien toneladas, y catorce carabelas esperaban prontas el cañonazo de leva.

«Allí estaba el hidalgo de levantados sentimientos que iba en pos de aventuradas empresas, —dice un historiador;—allí el altivo guerrero que deseaba cojer laureles en la regiones desconocidas que iba á recorrer; allí el aventurero que todo se lo prometía del azar; allí el especulador industrial que se proponía explotar á los indios despues de haber sabido sus costumbres; allí el misionero lleno de fé, dispuesto á difundirla entre las hordas salvajes.»

El vulgo, que al partir Colon por la primera vez, habia mirado á los navegantes con lástima, los contemplaba entonces con envidia.

Parecianles mortales afortunados que iban á disfrutar las delicias de un Paraiso.

El rey habia permitido á los dos hijos de Colon,

Diego y Fernando, que acudiesen á Cádiz á despedir á su padre.

Todas las miradas se fijaban en el insigne marino, á cuyo lado caminaba Ojeda, Américo Vespucio y algunos otros hidalgos que formaban su Estado Mayor.

Entre la servidumbre de Colon habia un paje que al pronto no pudo ménos de llamar su atencion.

Su fisonomía evocó algunos recuerdos en su mente. Sin embargo, una ligera observacion le demostró que se equivocaba, y sin cuidarse para nada más del paje, solo se consagró á la empresa que le llevaba otra vez al Nuevo-Mundo.

El paje, por su parte, procuraba recatarse de Colon, y muchas veces sus compañeros le sorprendian cabizbajo, meditabundo.

No podia dudarse que habia en él algo de misterioso.

En efecto, una idea le llevaba á aquellos paisés, una idea terrible.

Habia tomado el nombre de Iñigo Lopez.

Ya le hallaremos oportunamente.

Casi al mismo tiempo que se ponian en movimiento aquellos buques, en una carabela que iba á salir de Cádiz con rumbo á Italia se disponia á abandonar á España para siempre una mujer jóven y un hombre ya de edad.

Eran don Alfonso y Esperanza.

En el rostro de la jóven esposa se notaban las huellas de un profundo dolor.

Una tristeza severa se pintaba en las facciones de don Alfonso.

La paz y la alegría habian abandonado para siempre su pecho.

La duda se habia apoderado del honrado marido. La conciencia mortificaba á la culpable esposa.

¿Para qué querian las riquezas?

Los dos partian á su pátria.

Don Alfonso resuelto á llevar al lado de sus padres á la esposa que habia sido bastante débil para manchar su honra, retirándose despues del mundo para acabar sus dias en la soledad.

Esperanza llevaba en sus entrañas el fruto de su amor criminal, y si queria vivir para no ser parricida, deseaba la muerte para que se calmasen las penas de su corazon.

La carabela se deslizó con rumbo á Italia.

Todas las miradas se fijaban en las naves gallardas que llevaban al conquistador del mundo y á sus compañeros.

Los primeros rayos del sol jugaban con los mástiles y con las banderolas colocadas en los palos de los buques.

La admiracion y las bendiciones de sus hermanos acompañaban á los navegantes.

Diego y Fernando volvieron á la córte.

Colon, con arreglo á las instrucciones que habia recibido de los soberanos, abandonó la costa de Portugal, se dirigió al Sudoeste de las Canarias y despues de proveerse de agua y leña en la Gomera y de

comprar algun ganado lanar, gallinas y otras aves, lo mismo que semillas y otros frutos para naturalizarlos en la isla Española, se dió á la vela el 7 de Octubre, no sin entregar antes al jefe de cada buque un paquete cerrado y sellado en el que trazaba el camino del puerto de la Navidad, residencia del cacique Guacanajari, para que lo abriesen y consultasen si por desgracia tenian que separarse durante la travesía.

Colon no encontró en su camino los buques portugueses.

El rey don Juan, viendo lo infructuoso de sus esfuerzos para vencer al rey don Fernando, resolvió dejar á los soberanos de España en la libre posesion de sus descubrimientos, aceptando la decision del Sumo Pontífice en aquel grave litigio.

Un tratado que se firmó en Tordesillas el 7 de Julio de 1494 puso término á la discordia, acordándose que pasados seis meses se reunieran en la Gran Canaria tantas carabelas españolas como portuguesas con hombres prácticos en la navegacion y doctos en la astronomía.

Su mision era determinar la línea de polo á polo, indicada por el Papa para dividir el Océano entre las dos coronas de España y Portugal.

Los soberanos de una y otra nacion se comprometieron á observar los límites establecidos.

No pudo realizarse este propósito.

Las embarcaciones no se reunieron en la Gran Canaria.

Pero, con todo, el tratado permaneció en pié.

Dejemos á los navegantes ansiosos de llegar á los paises descubiertos con la esperanza de encontrar á sus hermanos y trasladémonos á la isla para ver lo que habia ocurrido mientras habian pasado los sucesos que acabo de referir.